

DISCURSO

LEIDO

en la velada literaria celebrada el 27 de Septiembre de 1895

en honor del libertador de México

D. AGUSTIN DE ITURBIDE.

Acaban de pasar las celebraciones patrióticas de este año en conmemoración de la Independencia Nacional y como en muchas de ellas se ha visto una sola vez en la historia de México



SEÑORES :

MAS que el aspecto gozoso de una multitud que celebra regocijada el más fausto y glorioso aniversario en sus anales patrios, tenemos el aire solemne y grave, triste y casi sombrío, de una familia huérfana, sin hogar y sin esperanzas, que quiere, en nombre de sus ingratos y desnaturalizados hermanos, á la par que rendir un testimonio de agradecimiento, presentar sus excusas y consumir un acto de reparación para desagrviar así la ultrajada memoria de su ilustre padre.

Acaban de pasar las festividades patrióticas de este año en celebración de la Independencia Nacional, y como en muchos años anteriores, ni una sola vez se ha oído durante

ellas, pronunciar el nombre venerando de Don Agustín de Iturbide; el verdadero autor de nuestra patria autonomía: el soldado invicto cuyo acero brilló deslumbrante con todos los reflejos de las glorias nacionales: el político profundamente pensador, que sin lágrimas ni sangre, logró desatar los lazos que ligaban á dos mundos; el héroe de abnegación sublime, que prefirió el sacrificio de su propia vida, mejor que sembrar los gérmenes de los futuros disturbios de su patria; el padre, en fin, de nuestra independencia, que después de enseñarnos el modo de ser libres, nos mostró el camino de ser felices.

Por más que se medite y se escarbe en todos los asquerosos fondos de las bajezas y depravaciones humanas, no llega á comprenderse el repugnante móvil de tan negra y tan monstruosa ingratitud. Si á un americano del Norte se le propusiese que ultrajara la memoria de Washington, ó á un americano del Sur que maldijese el nombre de Bolívar, uno y otro se estremecerían de indignación y de horror.

¿Por qué odiamos nosotros á Iturbide?
¿Por qué reniega México de su padre? ¿Por-

que posó en sus sienes un momento la diadema imperial? No pueden abrigar un amor tan feroz por la libertad republicana, corazones cuya mayor delicia durante medio siglo, ha sido precipitarse en todas las ignominias de la servidumbre. ¿Se odia al libertador porque su faz era blanca y goda la sangre que corría por sus venas? Son incapaces de tan profundo odio de raza, pechos que tan poco han amado la suya, que han contemplado impasibles la desolación de millones de sus hermanos, sin darles un pedazo de pan ni una palabra de consuelo. ¿Es la envidia, esa baja pasión sin placer y la única que se avergüenza de sí misma, la que no satisfecha con llenar de amargas los corazones vivos, quiere violar hasta los lindes de las tumbas, para infamar la memoria de los muertos? Parece imposible llevar el rencor hasta los recuerdos, odiando hasta las cenizas de los que fueron.

¡Ojalá y esa indiferencia de los unos y ese odio de los otros, no sean para nuestras degeneradas razas, ni el más oprobioso de los estigmas, ni el más tremendo y funesto de los presagios!

El amor de los pueblos á sus bienhecho-

res por el genio ó por el heroísmo, no debe medirse con el ruín y engañoso metro de la gloria humana, sino como las distancias de los astros, por la luz que nos envían y los beneficios que derraman sobre nosotros. La conciencia humana es la única capaz de inspirar el amor que les es debido, porque es la única que puede desde su fondo silencioso, avalorar con justicia y con serena imparcialidad la grandeza del beneficio recibido, la sabiduría de los medios empleados para lograrlo, y la rectitud y fuerza de las intenciones en alcanzárnoslo.

Iturbide, por la grandeza del beneficio que nos hiciera, la sabiduría de los medios excojitados para lograrlo y por la fuerza de sus intenciones selladas con el ostracismo voluntario y el supremo sacrificio de su propia vida, es una de las más grandes, más hermosas y más amables figuras de nuestra historia.

El de la independencia es el mayor beneficio que un mortal puede dispensar á un pueblo, porque el de su autonomía es un bien que los comprendía todos. Los pueblos, como los hombres nacieron para ser libres, porque Dios crió á los unos y á los

otros para ser buenos y felices, y el ejercicio supremo de la libertad humana deben ser siempre la verdad y el bien. Mi ruín ciencia y mi conciencia oscurecida y cobarde, nunca han podido resolver por sí mismas, el tenebroso y tremendo problema del derecho de conquista. ¿Cuando no es en propia defensa, es lícita la guerra? Por hacerle bien, pero sin tener que rechazar el propio agravio, ¿puede un pueblo porque es civilizado, porque es rico, porque es fuerte, conquistar á otro pueblo porque es bárbaro, es pobre y es débil? ¿Serán gratos á los oídos de la justicia, los suspiros de la Alsacia-Lorena, los gemidos de Irlanda y de Polonia, y los desgarradores sollozos de la India y la Cochinchina, de Madagascar y de Masahua?

En la historia del género humano, que es la elegía tristísima del pecado y su castigo, de tres maneras ha hincado sus garras la conquista, sobre los pueblos: incorporando consigo y de lleno el vencedor al vencido, "parecere sujetos et debellare superbos" como la antigua Rama, que así hizo suyo el mundo: extinguiendo el dominador al dominado, como Mahoma y Tamerlan; ó conservando el conquistador pero sin confundirse

con ella, á la raza conquistada, para que ésta al propagarse cebe las progenies de esclavos y de ilotas, como lo hicieron en el siglo XVI la mayor parte de las naciones europeas en el Nuevo Mundo, y lo hacen hoy los ingleses en la India, y con los negros y los indios los americanos.

España no siguió en sus conquistas y para conservarlas, ninguno de estos senderos ya conocidos por la experiencia de la historia, sino que conservó á las razas conquistadas sin esclavizarlas por completo, ni incorporarlas con ella de lleno. Este fué el primero de sus errores en el orden de la prudencia humana, es decir, ante el egoísta criterio de las pasiones é intereses temporales; porque si en el supremo y sublime orden de la caridad cristiana pudiera comprenderse el derecho de conquista, sólo se comprendería por amor, para la difusión del bien y la verdad sobre la tierra, y sin desconocer el inviolable dogma de la unidad é igualdad de la especie humana; todos los hombres, como hijos todos de un mismo Padre Celestial, para quien no hay razas privilegiadas porque no las hay desheredadas, ante quien nadie es pequeño porque nadie es grande.

Al hablar de los males de la dominación española, con el solo fin de mejor apreciar y más agradecer los beneficios de la independencia, sólo debe hacerlo México con justicia, atribuyendo los errores, como es lo cierto, á la época y á las circunstancias; y con amor, con el respeto profundo y veneración sincera, que un hijo agradecido debe profesar siempre á una madre generosa y tierna que le dió cuanto tuvo y cuanto pudo: una sangre generosísima en la que siempre hierven el honor y la nobleza; un pasado lleno de hazañas y de glorias; y una luz inmortal, sobre todo, que después de iluminarnos en el tránsito sobre los pavorosos abismos del tiempo, alumbra para guiarnos hasta á ellas, los pórticos de la eternidad feliz.

Toda soberanía viene de Dios: este principio es la sola salvaguardia de la dignidad humana. Los hombres fueron criados para vivir en sociedad; pero ninguna sociedad puede existir sin orden, es decir, sin que unos manden y otros obedezcan. Este es el origen y fin de la soberanía: Dios, que es la sabiduría infinita, no pudo querer el fin sin los medios.

Toda soberanía de Dios dimana y el pueblo sólo la declara. Sería inútil que el hombre fuera inteligente y libre, si su destino fuera vivir siempre sujeto á las brutalidades de la fuerza y las pasiones é ignorancias del mayor número: las mayorías no extinguen sino que multiplican los errores y las injusticias.

Después de la Redención, los poderes de la tierra debieron convertirse en los apóstoles armados de la fe, las potestades encargadas de hacer cumplir aquí abajo los amorosos decretos del Cielo con respecto á los hombres; así entendieron la misión de los poderes humanos, Constantino y Carlo Magno. Pero cuando con el transecurso de los siglos y en el combate de las pasiones, comenzaron á oscurecerse la fe y á entibiarse la piedad, surgió el regalismo, la intervención primero en el gobierno de las almas, y la usurpación después por parte de las potestades civiles, de los derechos de la Iglesia, maestra única de los espíritus y sola legisladora de las almas.

En el orden religioso, fué uno de los más graves males del Gobierno Virreinal de México, la inmixción de éste en las incumben-

cias exclusivamente eclesiásticas. Cortés era sinceramente piadoso y comprendía que la evangelización de las razas aborígenes era el fin principal y sería la única atenuación de los horrores de la conquista; pero las audiencias y virreyes que le sucedieron contagiados del cesarismo dominante entonces, apenas si respetaron los lindes de la jurisdicción eclesiástica, ni dejaron libertad de acción á la Iglesia en su misión santificadora. Buscando el poder civil alternativamente el apoyo de los Obispos ó de las órdenes religiosas, para sus intrusiones, relajaron la disciplina eclesiástica, hicieron de la fe que es una persuasión una imposición, y de la piedad que es una expansión espontánea y consoladora, una consigna rígida y fría.

Situada la colonia á enorme distancia de su metrópoli y siendo las comunicaciones entonces tan difíciles y tardías, era casi imposible que la Nueva España fuera regida por leyes convenientes y oportunas. Abruñado el Consejo de Indias con la multiplicidad de sus tareas y compuesto de miembros las más veces y en su mayor parte, que no conocían las colonias ni tenían

el sentido práctico de los negocios ó intereses de ellas, sus dictámenes vagos é inadecuados, sólo podían contribuir á formar una legislación incoherente, redundante y contradictoria.

Y esa misma distancia era la mayor impunidad de los gobernantes. Pocas veces llegaron á término los juicios de residencia, y los hijos de Nueva España no tuvieron otra garantía de buen gobierno que las personales virtudes de sus virreyes, en ocasiones benéficos y emprendedores como Mendoza y Revillagigedo; en otras sangrientos como Venegas y Calleja; y las más automáticos y sin iniciativa, que convirtieron el poder en una especie de mayordomía vulgar sin gloria y sin responsabilidades, sin más programa que el reposo y la economía, y tan indignos por tanto de elogio como libres de censura.

En aquella época, aun no había nacido la ciencia económica. Se ignoraba que la fertilidad del suelo, y el trabajo del hombre, sobre todo, abundante y bien remunerado, es lo que constituye la verdadera riqueza de los pueblos; y se creía por el contrario, que el oro y la plata, que no son más que la uni-

dad métrica de los valores y el vehículo que multiplica las transacciones, era lo que constituía la opulencia de las naciones. Partiendo de estos errores universales entonces, España no se dedicó en sus colonias más que á las explotaciones mineras y estableció su comercio con ellas bajo las bases del monopolio, dejando sin cultivo su vasto y fértil suelo, y lo que peor fué, sin trabajo á sus hijos y con jornales misérrimos por única recompensa de sus faenas de siervos.

Pero de todos los males del virreinato, los más graves y transcendentales eran los del orden doméstico. La raza española, cuyo patriotismo es superior sin comparación al de los otros pueblos, ha tenido la preocupación y la desgracia, de no estimar ni amar á su propia descendencia sino á condición de haber nacido dentro los límites de la península ibérica y sus islas adyacentes. A sus hijos nacidos en América, los tenían los españoles por inferiores, los conservaban bajo la más severa patria potestad mientras vivían, los privaban de toda participación en su fortuna, y no los iniciaban en ninguna de las penosas y fortificantes luchas del trabajo. Cuando al morir sus padres here-

daban las cuantiosas fortunas de éstos, ya los hijos estaban bien preparados con tan largo aprendizaje de pereza y abyección para pródigos, indolentes y viciosos.

Este mal íntimo y doméstico, se hacía sentir también en toda su fuerza, en los órdenes social y administrativo. Los sueldos pingües, los trabajos honrosos, las consideraciones sociales, los altos grados en el ejército, los empleos y las magistraturas elevadas, las dignidades eclesiásticas y civiles, y hasta las esposas tiernas, bellas y ricas, todo era para los peninsulares. Para el criollo la sujeción, la tutela, la obscuridad y la inacción; el olvido y la impotencia.

Muchas y muy buenas leyes se dictaron en favor de la raza conquistada, pero poco y mal se cumplieron sin duda. España hizo en pro de los indios todo cuanto pudo, pero pudo poco. Nada, absolutamente nada hemos hecho nosotros por ellos, pues como están los recibimos en el año de 1821; con un jornal de doce granos y doce horas de trabajo; desnudos y alimentados con dos puñados de maíz; semi-bárbaros y casi idólatras. En el orden providencial el abandono del indio fué la causa probable de la pér-

dida de los dominios españoles en América. Dios, que no tiene en la tierra otro tesoro como el de las almas, que por una sola de ellas daría muchos astros de su firmamento, concedió á España tres siglos de plazo para civilizar al indio y vencido el plazo sin que la tarea se terminara, despidió al obrero perezoso. Tan severa y provechosa lección debería estar siempre resonando en nuestros oídos.

Estos eran los más graves daños del gobierno colonial, obra no de España, la más noble y generosa de las naciones, según los testimonios de su épica y conmovedora historia, sino de lo adverso de las circunstancias y lo aciago de los tiempos. Un solo hombre nos libró de tantos y tan graves males, con el prestigio y los prodigios de su heroísmo y de su genio. Si nosotros hemos despilfarrado tan rica herencia, no es justo reprochar al generoso testador la loca prodigalidad de tan indignos herederos. Si el agradecimiento debe ser proporcionado al beneficio, el de México á Iturbide debiera ser inconmensurable.

Y tan grande como fué en sí el bien que nos alcanzó fueron sabios los medios de que

se sirvió para lograrlo. La malignidad de nuestro carácter disturbador y pérfido, parece que no satisfecho con anarquizar el presente, quisiera dividir y cizañar el pasado, haciendo que se subleven las unas contra las otras y querellen entre sí las cenizas de los muertos. La magna y laboriosa obra de nuestra independencia duró diez años y fué la glorioso tarea de tres hombres, principalmente: del que la inició, del que la prosiguió y del que la consumó. Con respetuosa ternura debe México pronunciar los nombres de todos los que cooperaron á ella; pero especialmente deben vivir siempre grabados en su corazón y su memoria, los de Hidalgo, Morelos é Iturbide.

Se le reprocha á Hidalgo que por festejarla inconsideradamente retardó la obra de la independencia, y que la hizo una tarea de guerra cuando podía alcanzarse por medios menos desoladores y sangrientos.

Si no aprovecha el abatimiento de España y la confusión en que entonces estaba á consecuencia de la invasión napoleónica y del contagio de las ideas revolucionarias, hubiera tenido que aplazar indefinidamente su levantamiento. Tuvo, además, dada la

energía y tenacidad del carácter español, que confiar todas sus esperanzas de éxito á los azares de la guerra. Francia vendió á Santo Domingo su independencia. Inglaterra reconoció la de los Estados Unidos desde que comprendió que resistirla más hubiera comprometido sus intereses. Portugal hizo independiente al Brasil trasladando allí su dinastía reinante. No hay ejemplo de que España haya perdido sus conquistas sino por la fuerza; así perdió sus posesiones en Italia y los Países Bajos, en Africa y en América. Si en ello no hubiera ingratitud é irrespetuosidad, sólo podría reprochársele la confusa vaguedad en la concepción del plan, y su impotencia para impedir que las turbas sublevadas desnaturalizasen el carácter y sentimientos que debió tener la insurrección á que las provocara. Pero inclinémonos ante la memoria de Hidalgo. Quizás, si él no hubiera proclamado la independencia de México, aun seríamos colonos.

Por su valor Morelos, por su gran talento militar y político, por su abnegación patriótica y la inquebrantable firmeza de sus convicciones, mereció y parecía ser el desti-

nado á conquistarnos el gran bien de la independencia. Las inteligencias superiores no se enredan en la misma profusa é inútil fecundidad de sus pensamientos; sino que miran los sucesos desde lo alto, como las águilas, y se apoderan de sólo las ideas radicales y dominantes, con las que los comprenden y las rigen por completo. Al iniciar la guerra de su independencia, México no sabía cómo quererla. Se quería la abolición del gobierno virreinal y la sustitución de éste por otro nacional y autónomo; pero dependiente siempre de la corona de España y sin dejar de formar parte de los dominios de ésta. Abajo el malgobierno y viva nuestro amado Rey Fernando VII, fué el grito incoherente y confuso de todo el prólogo de nuestra insurrección.

Los letrados que se unieron á Morelos para asesorarlo con sus luces, á pesar de la rectitud de sus intenciones, más contribuían con sus dictámenes á espesar que á esclarecer las tinieblas de aquella situación. En las deliberaciones de Chilpancingo y Apatzingán, el genio de Morelos, como un meteoro de lucidez, despidió ráfagas de claridad vívida que iluminaron de repente los horizon-

tes del porvenir nacional. "Separar la Nueva España de la vieja, y para lograrlo, vencer á los españoles armados que tenemos enfrente, debe ser nuestro propósito," dijo Morelos, con la concisión, la profundidad y la precisión, que caracterizaban su talento y su carácter.

Entusiasmados los que le rodeaban al ver tan netamente planteado el problema, creyeron fácil su solución venciendo prontamente al ejército enemigo. "Son muy valientes los españoles —exclamó entonces con acento solemne Morelos— están bien disciplinados y armados, y todas las tradiciones están á su favor: la rapidez en las marchas y la elección de los lugares es la única esperanza que nos queda." Dos palabras de ese gran hombre bastaron á fijar todo el plan político y militar de la segunda época de nuestra lucha por la independencia. Las dotes estratégicas que desplegó en la ejecución de sus planes militares fueron tan insignes, que Napoleón en el día de su desgracia vaciló en si vendría á buscar un asilo entre sus filas; y que han hecho que nuestra historia sin vacilación, tenga á Morelos como el hombre más ilustre en arma que

haya producido México.... El árido suelo de Ecatepec en que fué derramada su heroica sangre, debería estar siempre humedecido por las lágrimas de gratitud de México independiente.

Del de la desgracia postrera que es el crisol de los grandes hombres, Morelos salió sublimado. Cuando entre las imponentes ceremonias de la degradación, que precedieron á su fusilamiento, se le excitaba al arrepentimiento de la causa de la independencia: "Me arrepiento, prorrumpió con voz entera y firme, de todo corazón de mis delitos y miserias; pero pronto á morir y en presencia de Dios, ante quien voy á comparecer, no me arrepiento de la independencia, por la que siempre combatiera, porque en el fondo de mi alma la creo el mayor bien, tanto para los mexicanos como para los españoles." Palabras dignas de su inquebrantable y heroico corazón.

No plugo al cielo que Morelos consumase la obra grandiosa de la independencia de Nueva España. Hasta donde la limitada filosofía de la historia puede penetrar la causa de los sucesos, sería de creerse que por falta de integridad en su plan no coronó

el éxito los esfuerzos de Morelos. Sólido y acertado en lo que se refería á las cuestiones militares y políticas, no comprendió ni resolvió las que se referían á la parte religiosa y social de aquella situación delicada y crítica, que llevaba en sus entrañas todo el porvenir de la Nación. Iturbide, educado en la escuela de aquellos sucesos á los que había asistido como actor prominente ó como testigo inmediato; y aleccionado con diez años de experiencia, la más indeleble y provechosa, como adquirida á costa de lágrimas y sangre; pudo con ella formar su plan de Iguala, ese prodigio de penetración y de genio, ese monumento de la más alta sabiduría política, que fué el asombro de los coetáneos y la admiración de los pósteros.

El fin de la guerra no debe ser más que la paz. El odio, infecundo por su propia naturaleza, no puede servir de fundamento á prosperidad alguna; sólo el amor puede ser base de una paz durable y una felicidad verdadera. Sublevadas las pasiones con una guerra de diez años extremada y sangrienta por ambas partes, un odio terrible se había encendido entre españoles y mexicanos. En tres siglos de dominación, los españoles,